

VINETAS LIRICAS

Gonzalo, Bueno B.

El olvido

Es como una noche sin nadie cerca nuestro
 Una capa derramada
 Una flor seca en la inmutabilidad de algún florero
 Un aroma evaporado
 Es sentir el pecho como una cripta
 Volver a ver un juguete que amamos en la infancia
 Tener arropado en los ojos el sudario de la luna
 Contemplar una fotografía amarilla de tiempo
 Acariciar la carne del suspiro
 Sabernos hostiles a Dios
 Mirar el mar desde una silla de enfermo
 Entrar a vivir en una casa abandonada
 Recorrer un cementerio solos en la tarde

El olvido es la gangrena del alma
 El cuerpo ajusticiado del amor.

La lágrima

Trozo del corazón que asoma por los párpados
 Agua de nuestro océano de pesares adentro
 Responso del recuerdo
 Envoltura del alma
 Resto empavorecido de un naufragio !

La guitarra

La guitarra es la hembra del suburbio
 El alma del aguardiente y de la copla
 La música misma de la noche
 El amor de los balcones floridos
 La rival de la luna
 La voz de todos los enamorados de la tierra

JARDIN DE ENSUEÑOS

Ligia Mendoza Dávila

Te quise, te quise tiernamente,
 como se quiere un niño sin reveses,
 todo era suavidad, todo dulzura...
 era un jardín de ensueños,
 surcado de ilusión y pensamientos.

Mi amor siguió creciendo como rosa
 sembrada en el jardín de una alma buena,
 de capullo fragante y delicado,
 sin espinas, abrojos, ni arideces.

Con el rocío diáfano del tiempo,
 aquella rosa que sembré ya ha florecido
 con diminutas rosas, sin espinas.

Jardinero: si amas esas rosas,
 cuidalas con amor y con ternura,
 no permitas que mueran sin rocío,
 ni permitas que mueran con espinas.
 Comprende que sólo una mirada del errante
 viajero las marchita,
 que el suave soplo de una leve brisa
 las puede deshojar y las lastima,
 no olvides que esas rosas sin espinas
 adornarán tus sienes jardinero.

PAROXISMO EN LOS VERTICES

Manuel Uzcátegui Donoso

Yo oré en las catedrales de las estalactitas,
de los sinuosos lechos hendidos el fluir sonoro
y escalé las escarpas de lavas y andesitas,
trás tu extraviado acento de acorde en brumas de oro.

Sus imanes de sombra desperezó el abismo
y en guirnaldas de escarcha se heló la madrugada,
y al volcar los espejos de un lirico animismo,
te miré en el torrente, la orquídea y la cascada.

La pleamar pajiza blandió sus cimitarras
sobre la monocroma piel de los parañales,
y en su vasto anfiteatro de nieves y pizarras,
inscribieron las águilas sus lentas espirales.

Con sagital disparo de encendidas ballestas,
el ocaso lanzaba a tu Arcadia sus soles,
y al arder en doradas piras de sol las crestas,
ví en un lago de sombrar caer tus girasoles.

Te amé bajo el vibrante encaje de las frondas,
entre el rumor undoso que despeina las gramas,
junto a la argentería sonora de las ondas,
bajo el moteado enjambre de oro de las retamas.

Tu corola intocada fue esparcida en la umbría,
al combarse la noche en cintilantes absides
y, en vértigo de torres, alzar la serranía
a la ahuecada noche sus heladas pirámides.

Fue nuestro el columbario musical de los pinos,
donde en cónicas hebras la luz se deshilacha,
y el tonal bosque, henchido de diapasones finos,
que muñones cilíndricos dejó el motín del hacha.

Tus combos senos de égloga patrullaron los sauces,
junto a la alucinada retina del remanso,
al narrar en la cinta fónica de sus cauces,
su líquida aventura el río, sin descanso.

Te anilló en sus hialinas ajorcas la laguna,
que hunde su espejo huraño, de volcánica casta
y ondearon tus caderas en su salvaje luna,
al astillar los ándes su cornucopia vasta.

Tu núbil carne amaron el colibrí y la liana;
exhumaron sus ánforas por tí los áureos túmulos,
y al desplegar sus galas la noche ecuatoriana,
el sur cruzó sus lámparas tras los cardados cúmulos.

Enarcando las vértebras de sus gibas telúricas,
alzó sus dromedarios grises la cordillera
y nos llevó, entre copos de nieblas arcangélicas
a las torres sonoras de mi ciudad cimera.

Vino contigo un éxtasis de amapolas y mahua
y la espira de incienso azul del eucalipto,
el lápiz de la sombra, los pórticos del alba
y los glaciales vértices bajo el cielo infinito.

ALTO RELIEVE

Cuando tus pies descansan, con su ingravidez leve,
sobre el parterre tibio que bosqueja la alfombra
y en un lampo de seda, que desciende en la sombra,
se desprenden los copos de tu pepto de nieve.

Tu cuerpo de camelia tiene el destello breve
de una onda de luna florecida en la sombra,
y en el orlado plinto, que a tus plantas se comba,
tu desnudo en la bruma de la seda se mueve.

Te aprisiona el espejo, como en una hornacina,
en la penumbra líquida de su gruta marina,
mientras hunde tu efigie en su azogada linfa.

Y en la cámara ardiente, de rendidos bastiones,
tu fontanal desnudo, de primitiva ninfa,
se abre, en alto relieve, sobre los edredones.